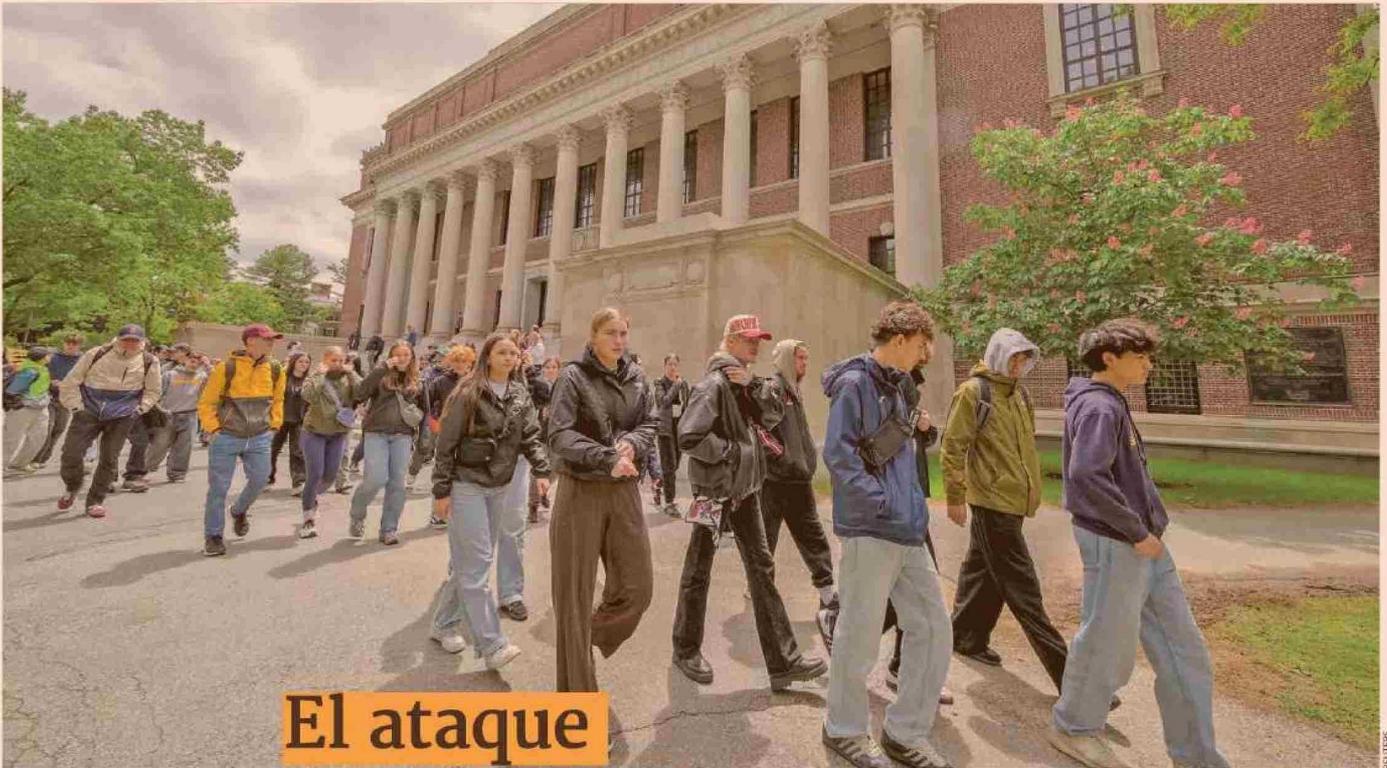


© THE FINANCIAL TIMES LIMITED 2025. ALL RIGHTS RESERVED



El ataque de Trump a Harvard no devolverá la grandeza a Estados Unidos

POR JASON FURMAN*

Creo en mantenerme en mi propio terreno y limitarme a argumentos y análisis económicos en los que tengo cierta experiencia o al menos ventaja comparativa. Hay mucho que decir sobre la locura económica que supuso el intento de la administración Trump de expulsar a más de 6.500 estudiantes de Harvard, aproximadamente una cuarta parte de nuestro alumnado. Pero la verdadera razón por la que estoy tan conmocionado, entristecido, indignado y desconcertado es personal.

Durante mi segundo año en Harvard, viví con dos de mis mejores amigos, un canadiense y un sudamericano. A través de ellos y de muchos otros amigos internacionales, descubrí nuevas ideas, perspectivas frescas, y simplemente me divertí. Algunos se quedaron en Estados Unidos y se convirtieron en médicos, académicos, periodistas y empresarios. Otros regresaron a casa, pero mantuvieron una conexión duradera con el país y todo lo que ofrece.

Después de graduarme, la situación se revirtió y yo mismo me convertí en estudiante extranjero en la London School of Economics. No me quedé en el Reino Unido, aunque sí pagué la matrícula, pero sentía un profundo afecto por nuestra relación especial. Cuando el Gobierno del Reino Unido me pidió años después que presidiera un panel para ayudarles a modernizar la política de competencia digital, esa buena voluntad regresó y aproveché la

■ Prohibir el acceso de estudiantes extranjeros a las universidades estadounidenses perjudicará la economía y frenará la innovación.

oportunidad sin dudarlo.

Regresé para cursar un doctorado en economía en Harvard. La mayoría de mis compañeros eran extranjeros residentes en EEUU con visas. Harvard se considera estadounidense y acepta principalmente a estadounidenses; solo alrededor del 15% de sus estudiantes de pregrado son extranjeros.

Sin embargo, en lo que respecta al programa de doctorado, Harvard busca a los académicos potenciales más destacados, independientemente de dónde vivan, y no es de extrañar que, con casi el 96% de la población mundial fuera de EEUU, muchos provengan del extranjero.

La mayoría de mis compañeros internacionales se quedaron y ahora trabajan en los mejores departamentos de investigación de EEUU. Otros se trasladaron a otras universidades líderes del mundo, gobiernos y organizaciones internacionales. Las conexiones globales que forjé me beneficiaron a mí -y a EEUU- cuando serví en la Casa Blanca del Presidente Barack Obama. Conocer a gente del Tesoro francés y del Banco de Inglaterra fue útil durante la crisis de la eurozona y el Brexit.

Ahora he vuelto a la docencia en Harvard. Una de mis estudiantes proviene de un pueblo de la India

cuya familia nunca había volado en avión antes de irse. Otra vino de un pequeño pueblo italiano que nunca había enviado a nadie a una universidad estadounidense. Otros son refugiados de países devastados por la guerra.

El mes pasado, en un almuerzo de profesores con un grupo de estudiantes de pregrado de economía, la mitad de los estudiantes que asistieron eran internacionales. Muchos regresarán a casa después de graduarse, donde aplicarán lo aprendido. Otros se quedan y contribuyen aquí.

Costo económico

Así que, cuando pienso en lo que está haciendo la administración Trump, pienso en estos cientos de amigos, estudiantes y colegas. Pero incluso dejando de lado esos sentimientos, el costo económico es enorme. EEUU es el líder mundial en educación superior. Las instituciones que otorgan títulos emplean a 4 millones de personas, desde conserjes y personal de apoyo hasta administradores y profesores. EEUU recibe hasta US\$ 50 mil millones anuales de 1 millón de estudiantes extranjeros, lo que se considera una exportación.

Muchos estudiantes extranjeros no solo pagan mientras están aquí; se quedan y se suman a nuestra fuerza laboral, aumentando la productividad y convirtiéndose en innovadores, fundadores y líderes intelectuales.

Sin estudiantes internacionales e inmigrantes, quizás nunca hubié-

ramos tenido a Indra Nooyi como directora ejecutiva de PepsiCo; a Jensen Huang, cofundador de Nvidia; ni a Satya Nadella y Sundar Pichai como directores ejecutivos de Microsoft y Google; ni siquiera a Elon Musk.

La fortaleza de EEUU nunca ha provenido únicamente del talento del pequeño porcentaje de la población mundial que vive aquí, sino de atraer a los mejores de cualquier lugar. Los avances que damos por sentados, desde la medicina moderna hasta internet, a menudo se deben a colaboraciones globales en universidades como Harvard.

La medida del Presidente Trump ya ha sido bloqueada temporalmente por un juez. Espero que los tribunales demuestren que es ilegal realizar cambios radicales y arbitrarios basados en una acusación de mala fe sobre antisemitismo para aplicar un castigo que no cuenta con el apoyo de ningún profesorado o estudiante judío que conozca, incluyéndome a mí.

Soy un gran defensor de la apertura al comercio y a los flujos de capital. Sin embargo, la apertura a las ideas y a las personas es aún más crucial. Y Harvard, como otras universidades, es el epítome de esa apertura. Con razón Trump nos tiene en la mira. Por el bien de EEUU y del mundo, estas drásticas acciones deben detenerse.

(* El autor es profesor de la Universidad de Harvard y expresidente del Consejo de Asesores Económicos de la Casa Blanca.